

FRANCISCO J. SANCHEZ CANTON

**IDEAS DE LOS PP. FEIJOO
Y SARMIENTO SOBRE
LA ORGANIZACION
DE LOS ESTUDIOS**



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

10

F. J. SANCHEZ CANTON

IDEAS DE LOS PP. FEIJOO
Y SARMIENTO SOBRE
LA ORGANIZACION DE
LOS ESTUDIOS

1961

CUADERNOS DE LA CATEDRA
FEIJOO N.º 10

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

IDEAS DE LOS PP. FEIJOO Y SAR-
MIENTO SOBRE LA ORGANIZACION
DE LOS ESTUDIOS

I

AL agradecer la invitación que me trae aquí, debo, a la vez, expresar mi contento por intervenir en esta ejemplar institución del municipio ovetense puesta bajo el nombre del gran gallego Fray Benito Jerónimo Feijóo, eslabón cultural el más fuerte entre esta tierra y la suya, que es la mía.

Al venir no vacilé en tratar del inmortal monje de San Vicente, Catedrático de esta insigne Universidad, sumando a su figura la que acaso le fue más querida; de análogo modo a como la octava publicación de esta Cátedra es el precioso estudio del muy docto Profesor Pensado, *Fray Martín Sarmiento: sus ideas lingüísticas*, de lectura tan deleitosa y tan útil. Place imaginar que los dos sapientísimos benedictinos gozarán en la gloria con que recordemos y celebremos la amistad fraternal que les ligó en vida.

Ha dado el tema para esta conferencia el juicio de Menéndez Pelayo que «la mayor gloria de Feijóo» descansa sobre su intento de reforma de la enseñanza; no limitado, según recuerda Marañón, a la Medicina, sino con alcance a todas las demás Facultades. No se ignora que el maestro santanderino profesaba al orensano una admiración relativa aunque, a veces, parezca frenada, porque en otras casi se exalta; por ello ha de valorarse, en mucho, la calificación transcrita.

Sin embargo, no se espere encontrar en el *Theatro crítico* ni en las *Cartas eruditas y curiosas* planes orgánicos; abundan sí las incitaciones para las mudanzas, imprescindibles si había de incorporarse España a la ciencia europea.

En cambio, en las disertaciones y en los apuntes del P. Sarmiento, el colaborador leal y el defensor esforzado de su hermano de hábito, podemos leer algunos programas de enseñanzas y de series de libros que debían publicarse; probables desarrollos de anhelos y proyectos compartidos por ambos benedictinos, unidos por la amistad y por la comunidad de ideas, con diferir tanto en temperamentos y en el modo de producirse en su trato y en su comunicación con el público. Brillante, sociable, ganoso de obtener lectores Feijóo; nada amigo Sarmiento de imprimir sus escritos, —que rara vez terminaba—; más bien introvertido, salvo las temporadas pasadas en la Pontevedra de sus amores; recluso en su celda madrileña de San Martín. La sangre gallega de los dos circuló por cuerpos desemejantes, animados por espíritus, que también lo eran; vinculábales, no obstante, además de la regla monástica, el afán ferviente por que Ciencias y Letras progresasen en la Patria.

No acostumbra a reconocérseles como formando la avanzada de «la ilustración», con olvido de sus fe-

chas: murió el P. Feijóo en 1764, cuando ya hacía un quinquenio que reinaba en las Españas Carlos III, y Sarmiento en 1776.

Excepción notable en este olvido es el importante estudio de María Angeles Galino —primera española catedrático por oposición de Universidad— *Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna*, publicado en 1953. El libro hace innecesarias muchas observaciones que acerca del concepto y de los pormenores de la enseñanza en su primer período nos suministran los escritos de los dos benedictinos; a las páginas de la docta profesora me remito.

La idea que preside todas las referentes a la enseñanza del P. Feijóo es participada por los más agudos ingenios de su tiempo, siendo primordial la de que sólo los espíritus despiertos debían cultivarse, obedeciendo al principio de «economizar esfuerzos inútiles». Los textos alusivos a ésto son abundantes y claros.

«No, señor mío, —escribía en una de las *Cartas*—. El estudio, los libros, los maestros no hacen ingenioso al que no lo era. Entendimiento sólo le da Dios.... Las noticias que se adquieren con el estudio hacen en el entendimiento lo que los tapices o pinturas que visten las paredes de un Palacio, que decoran el aspecto, sin mejorar el edificio; o lo que los anillos con que se engalana una damisela, que dan lucimiento a la mano sin blanquear más la tez, o articular mejor su organización. Tal sentir de Feijóo sugiérole la creación en las universidades de un oficio que vaticina, en cierto modo, el de los actuales psicotécnicos:

«Conviniere mucho al público —apunta en su Discurso *Dictado de las aulas*— que en cada Universidad hubiese un visitador o examinador... que» se in-

formase de «cada uno de los que son aptos o ineptos para las letras, purgase de éstos las escuelas. Con este arbitrio habría más gente en la república para ejercer las artes mecánicas, y las ciencias abundarían de más floridos profesores».

A éstos conceptos se sumaba en Feijóo el de que mínimas nociones, asimiladas por un espíritu bien dispuesto, bastaban para su pleno desenvolvimiento, y refería al propósito una anécdota inglesa: léese en la Carta sobre una *Historia general literaria*: «Milord el Duque de Argile... paseándose un día en su huerta, vió sobre la yerba el famoso libro de los *Principios matemáticos de la Philosophia natural* del Caballero Newton, en latín... acudió, al punto, el joven hortelano, diciendo que aquel libro era suyo. —¿Cómo tuyo?— replicó el Duque —Pues, ¿sabes tu Geometría? ¿Entiendes el latín? Y, sobre todo, ¿entiendes a Newton? —«Algo de todo eso entiendo», respondió Stone»; ...ha diez años que un doméstico de la casa de V. E. me enseñó a leer; sucedió ver después hacer una obra de Arquitectura en vuestro Palacio; noté que el arquitecto usaba de una regla y un compás y que calculaba; y, preguntando yo qué era aquéllo y de qué servía, vine a saber que hay una ciencia que se llama Arithmética; otra que se llama Geometría. Compré libros.... Vine a saber, después, que había buenos [libros]... en latín. Compré un Diccionario y aprendí la lengua latina. Supe, también, que había bellos libros en francés. Compré un Diccionario de esta lengua y la aprendí. Ve aquí, Señor, todo lo que he hecho; y a mi me parece que para aprender cuanto sé no es menester más que conocer las veinte y cuatro letras del alfabeto.»

El relato hacía arraigar en el alma del benedictino sus convicciones acerca del ingenio natural. Por fortuna,

no sacó las últimas consecuencias que, lógicamente, le hubieran llevado a condenar todas las enseñanzas que excedieran de la primaria. Sorteado este riesgo con la desenvoltura habitual en el Padre Maestro, su empeño procura, luego, inculcar la dura disciplina del estudio sin improvisación, saltos, pereza ni prisa.

En el importante Discurso titulado, *De lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina*, concreta sus puntos de vista acerca de varios extremos. Oigámosle razonar respecto al tiempo que debería invertirse en los estudios: «Aquella sentencia hipocrática... que el Arte médico es tan largo que para adquirirlo, es corta la vida del hombre: *Vita brevis, ars longa*, teóricamente es recibida de casi todos los médicos como verdadera; pero prácticamente, tratada como falsa... ¿Cuántos años se destinan al Arte médico? Regularmente, seis en todo; cuatro que se dan a la teórica, en el Aula pública y dos a la práctica, al lado de un médico aprobado. Esto no es más que la décima parte de la vida regular del hombre, pues, ¿cómo se dice que la vida del hombre es corta respecto de lo mucho que hay que estudiar en la Medicina?».

Si saltamos a otro Discurso, *Espanoles americanos*, se encuentra el elogio implícito al señalar el aprovechamiento de las horas de trabajo impuesto por los Jesuitas en la Indias occidentales: «mientras son cursantes sólo el domingo pueden salir, después de haber estudiado hasta las nueve del día; pero aun ésto no se permite si las lecciones de la semana no han sido buenas, en cuyo caso todo el día de domingo se les precisa a estudiar. A la noche siempre se recogen a las seis [*quizá haya en ésto errata o lapsus*] y hay su hora de conferencia antes de cenar, tanto los días festivos como los feriales. Juntas todas las vacaciones que hay entre año sólo com-

ponen un mes, por lo cual en dos años absuelven toda la Philosophía; pero, echada la cuenta según la práctica de las Universidades de España, que en cada año tienen casi seis meses de vacación, mayor porción de tiempo dan al estudio de la Philosophía allá que acá». Atribuye a este sistema el que se doctorasen muy jóvenes en América, no a mayor despejo natural.

La alusión a la Filosofía sirve para que penetremos en otra de las convicciones básicas de Feijóo; la corta utilidad que los médicos sacan de su estudio: «Yo concederé —he vuelto de nuevo al Discurso *Sobre la Medicina*—, sin mucha dificultad, que alguna Philosophía es útil, y aun en alguna manera necesaria... Pero, ¿qué Philosophía? ¿La que se enseña en las Escuelas? Ninguna más inconducente ni más fuera de propósito... Sin embargo, es tal la ceguera... que prefieren» «a un mediquillo [*que sabe*] poner con aire tres o cuatro silogismos en una disputa pública» en lugar de «un profesor de juicio, experiencia y aplicación», «que es médico verdaderamente». «No es sola la Philosophía aristotélica la que consideramos inútil para la Medicina. A todos los sistemas filosóficos extendemos la misma censura». Adviértase el tono severo adoptado por el Padre Maestro, que pronto llega a exclamar tan radiante que, contra su uso, imprime en letras capitales las tres últimas palabras de la exclamación: «Ya está descubierta el rumbo por donde se debe navegar a las Indias de tan notable Facultad, que son el de la OBSERVACION Y EXPERIENCIA».

Obtener y pregonar este principio salvador es mérito insigne de Feijóo.

Fue en él constante preocupación la ignorancia de los médicos y habla de ella casi siempre con gravedad; en algún caso no ahorra burlas, así la inserta en el

Discurso *Sabiduría aparente*: «El doctísimo comentador de Dioscórides Andrés de Laguna dice que la provincia... que se debiera tomar con estos mediquillos flamantes, que salen de la Universidad rebosando las bravatas del *ergo* y del *probo*, sería enviarlos por médicos a aquellas naciones con quienes tuviésemos guerra actual, porque escusarían a España mucho gasto de gente y de pólvora».

Como correlativo del Discurso referente a la Medicina, aparece el que trata de *Lo que sobra y falta en la Physica*. En él se perfila con rasgos más enérgicos el pensamiento de Feijóo y su osadía en formular juicios chocantes contra la opinión general entre los más doctos. En parte, repite cuanto sostenía acerca de la enseñanza médica y en un momento de entusiasta arrebató troquela su más hermosa confesión.

«No pretendo yo —escribe concesivo— que no se lea en las Escuelas la doctrina que Aristóteles enseñó... sino —añade con valentía— purgada de tantas inútiles cuestiones en quienes se consume buena parte del tiempo; el que fuera más justo emplear en explorar más de cerca la Naturaleza». Párrafos adelante de tan firme y eficaz aserto, viene el sincero y elocuente principio informador de la vida entera del gran benedictino: «Así yo, ciudadano libre de la república de las letras, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada lo que me dictaren la Experiencia y la Razón».

Para darse cuenta del mérito de semejante actitud ha de pensarse en la fecha en que se fijó. Andaba su autor en la sesentena poco avanzada. Voltaire sacaba a luz en 1737 su ensayo *Sobre la naturaleza del fuego* y en 1741 sus *Dudas sobre la medida de las fuerzas motrices*, frutos del mismo ambiente científico europeo

en el que Feijóo aparece inmerso, más que nada gracias a las publicaciones de los jesuitas de Trevoux, que aduce repetidas veces. El Barón de Montesquieu, veinte años antes, publicaba sus Discursos *Sobre la causa del eco* y sobre el *Uso de las glándulas renales*, ejemplos también de la curiosidad despierta en filósofos y pensadores por los conocimientos de índole experimental.

Feijóo, agudamente, percibe la necesidad de abandonar hábitos viejos en la manera de enseñar y de estudiar, descendiendo de la altura de los principios a la aplicación práctica.

En el Discurso antes citado, *Dictado de las Aulas*, se duele «del tiempo que se pierde en la lectura de las materias tanto filosóficas como teológicas —*subráyese la independencia de este criterio*—, y aun más en la de las segundas que en la de las primeras...; la prolijidad en tratar las cuestiones es la que acuso —*restringe, con prudencia*—. Este abuso reina mucho más en las cuestiones de teología escolástica que en las de Filosofía o Medicina».

En el mismo Discurso condena «el uso que obligan a hacer de la memoria» a los discípulos «¡Qué dispendio de tiempo tan lamentable! —exclama— Un oyente que podría, largamente, en dos horas de estudio hacerse cargo de un pliego de lectura, tomándolo en substancia, se ha reducido a aprender, acaso, sólo una página».

Todavía señalaré otro atrevimiento del P. Feijóo en materia de enseñanza frente a lo creído en su tiempo. Declárase en una de sus últimas cartas y el título revela, sin matices atenuadores, su contenido: *Disuade a un amigo suyo el Autor el estudio de la lengua griega y le persuade el de la francesa*. Preséntasenos aquí el pensador benedictino por una faceta, hoy a la moda en

varios países. «Puesto en salvo el aprecio —escribe— que merece la lengua latina y su primogénita la italiana.. a todas las demás debe ser preferida la francesa.... Ha siglo y medio que está continuamente produciendo —Francia— maestros en todas Facultades y Autores y Libros para todas materias. Llámese, norabuena, vulgar su lengua y gocen el decoroso título de nobles la griega y la latina. Es, ciertamente, nobilísima la griega. Pero ¿de qué nos sirven sus timbres? De lo mismo que los blasones de muchos nobles a quienes adulan nuestros respetos, no por lo que ellos merecen, sino por lo que merecieron sus mayores».

Con los extractos que preceden la actitud decidida y el papel renovador del P. Feijóo paréceme que quedan dibujados por sus propias palabras, que apenas he mezclado con las pobres mías. Échase en falta el que no hubiese dejado sistematizadas sus ideas, mas de la índole de su genio y, añádase, de su misión, incluso, de su tiempo, no podía esperarse lo que en varios aspectos de la enseñanza pudo realizar medio siglo después Jovellanos.

El panorama abarcado por el *Teatro crítico* y por las *Cartas eruditas y curiosas* explica la dispersión de sus juicios, observaciones y advertencias que el excelente *Índice general* de D. José Santos (1774) no remedia del todo al pretender seguir una de las múltiples líneas del pensamiento del egregio autor. En ocasiones, fuera apasionante relacionar un pasaje con los que pudieran aclararlo; así aquel que, inesperadamente, nos abre perspectivas sobre sus torturas espirituales: «en todas las facultades teóricas humanas produce el mucho estudio un efecto en parte opuesto al de las Matemáticas. En éstas, el que más estudia más sabe; en las otras, el que más lee, más duda». Respetemos el misterio que no quiso declarar.

II

Ya se indicó la diferencia temperamental de los dos grandes benedictinos. No escusaron ellos los autorretratarse. Feijóo en su *Carta Política en el estado de la senectud* escribió: «no soy de genio tétrico, arisco, áspero, descontentadizo, regañón: enfermedades del alma, comunísimas en la vejez, cuya carencia debo, en parte al temperamento, en parte a la reflexión. Tengo siempre presente que, cuando era mozo, notaba éstos vicios en los viejos. Sobre todo, huyo de aquella cantilena... de censurar todo lo presente y alabar todo lo pasado...; algo menos malo está hoy el mundo —concluye, serenamente— que estaba cincuenta o sesenta años ha.» Sarmiento repudia el concepto en que le tienen y al hacerse cargo de él no sé si se pinta un tanto en caricatura: «Yo soy en boca de todos... un hombre ridículo, duro, adusto, hipocondríaco, insociable, seco, serio, desabrido, incomunicable, melancólico, intratable, indómito, terco, tenaz, testarudo, huraño, inurbano, descortés, grosero, inmanejable, voluntarioso y, en fin, si le hay en ridiculizarme, que soy otro Timón ateniense, nuevo misántropo en Madrid. A estas dos docenas de lisonjas que inventó la retórica de la envidia, y que son

veinticuatro imposturas garrafales, se añaden las reprehensibles acciones que el mismo lenguaje retórico y político me atribuye: Que no visito a nadie; que cierro la puerta a toda visita; que si admito alguna, no la pago; que no salgo de casa ni aun de la celda; que rarísima vez se me ve en la calle, o en el campo; que no recibo cartas; que si las recibo, las más no las abro; y a las más de las que leo no respondo; o, que, si respondo, que es con tanta sequedad que se quitan las ganas de repetir; que, a veces, devuelvo las cartas cerradas con sobrescrito al que las escribió». «Que después de cuarenta y ocho años que conozco a Madrid no tengo comunicación alguna ni alta ni media ni ínfima; que, por lo mismo, soy muy inútil para un empeño en la Corte; que afecto no querer comer fuera de casa; que me niego a algunos convites honrados para espaciarme —*sic por* esparcime— fuera de Madrid; que convidado, por esquelas, para algunas funciones eclesiásticas o seculares jamás asisto a ellas; que ni aun a funciones literarias quiero asistir; que si me dan alguna esquela para uno o, no la admito o, no la entrego; que si alguna señora me llama en la iglesia o la portería que no quiero baxar...» «A este tenor me cargan de otros muchos *ques*». «Es notorio —escribe más adelante en *El porqué si y el porqué no, Satisfacción crítico-apologética Por qué si vive tan retirado y Por qué no se pone al oficio de escriptor*—; que yo vivo y quiero vivir siempre retirado y como recluso entre las cuatro paredes de mi celda, huyendo todo comercio fuera de ella.... ...Las cartas las considero como visitas de gorra de entrometidos y a los más de lo cuales no abriría yo mi puerta, si viniesen en persona a molestarme.... Y ¿quiénes me probarán que es capítulo de residencia contra un religioso el vivir retirado y abstruso?».

En otros lugares se refiere a cuánto le agrada la visita de pocos y buenos amigos; mas no debo prolongar estas notas que nos desvían del propuesto camino, baste agregar, para explicarnos particularidades de sus escritos, dos francas confesiones: en la misma *Satisfacción* dice, con lisura: «No sé hablar sino como pienso; no sé escribir sino como pienso y hablo»; y, en párrafos más adelante, puntualiza: «Yo me lo quiero hablar todo y, sin tropezar en barras, hablaré con libertad cristiana...; y, en suposición de que nada de ésto se ha de imprimir, me tomaré la libertad de usar de algunas chanzonetas, chistes y frases vulgares cuando se me ofrecieren a la pluma. Y no por éso dexaré de usar de otras expresiones que se me presenten, aunque tengan algo de aceite y vinagre, y con su puntica de sal y pimienta. Sin ésto no hay conversación bien guisada. Ahorraré lo más que pudiese de latines, que son los huesos de las conversaciones y de los escritos. Aquí no hay que buscar estilo, ya que soy incapaz de tenerle, porque —reitera—, escribo como hablo».

Así se definía el extraordinario pensador y erudito.

Pese a que todavía no se han impreso muchos de sus trabajos, con frecuencia apenas abocetados, y a no haber podido el que os habla consultar cuantos hacen al caso presente, cabe formar juicio de lo original de su pensamiento acerca de los diversos grados de la enseñanza; sus planes congruentes y con cualidades que me atreveré a calificar de plásticas. Si se hubieran divulgado en su tiempo, acaso se habrían realizado, con avances notabilísimos para la cultura y el desarrollo científico de España.

Respecto a la instrucción primaria tenía ideas claras y de novedad máxima en su época. Recuerdo el efecto causado, va para medio siglo, por una conferen-

cia pronunciada en el Ateneo de Madrid por D. Manuel Bartolomé Cossío, en que mostraba la semejanza entre lo sostenido por el benedictino y por Juan Jacobo Rousseau —nacido dieciséis años después y que murió seis más tarde que aquél—. Veamos uno de los escritos de Sarmiento completos y mejor ordenados que tituló *Discurso sobre el método que debía guardarse en la primera educación de la juventud para que, sin tanto estudiar de memoria y a la letra, tuviesen mayores adelantamientos* (fechado el 8 de noviembre de 1768; el *Emilio* de Rousseau data de 1762 y *La educación de los niños* de Locke se publicó en francés en 1721).

Prueba cuanto preocupaba este tema a Fray Martín el que, en el desorden de su labor, volvió sobre él, redactando una versión más meditada que, bajo el título igual al de Locke, editó en apéndice a su citado libro la Srta. Galino, según el manuscrito conservado en Silos. Prefiero por no haberse aprovechado el que se insertó en el *Semanario erudito*, fechado el 8 de noviembre de 1768.

Nos sorprenden en este trabajo adivinaciones pedagógicas entre juicios arbitrarios y salidas humorísticas, que el mismo autor ingenuamente celebra; por ejemplo: «he dicho con gracia que las Universidades se fundaron en los siglos de la barbarie y las Academias en los siglos de la charlatanería».

Recogeré observaciones varias que nos persuadirán de algo que antes hube de prevenir.

«La mala, torcida y diminuta enseñanza que todos han tenido siendo niños es el pecado original que los hace ineptos para toda su vida. Los errores, ignorancias y falsedades... durarán hasta la muerte y siempre serán estorbos para saber la verdad; será preciso desaprender lo estudiado y eso costará mucho trabajo...» «Ha queri-

do la mala trampa y la inveterada costumbre, o desidia... que esa pueril edad haya sido la sentina de toda falsedad, fábulas, errores y prejuicios. Las amas imbu-
yen a los niños de espantajos, fantasmas nocturnas, duendes, cocos, etc. conque se aterran y espiritán y los hacen ineptos para la vida civil. Las ayas y madres los empalagan de consejos y historias fabulosas y de las moras encantadas; los padres, con el tono paternal, como de maestros, les inculcan vejeces despreciables, cuentos fallidos, fantásticas genealogías e historias fabulosas». «Si después se agrega un ayo o pedagogo éste vierte en los niños toda la copia de necedades en que le educaron a él». «Es casi indeleble lo que los niños aprenden de su padre y pura hojarasca lo que oyen a ayos y educadores». Apesar de lo dicho el cuadro pintado con tal decisión concluye propugnando la primera instrucción en familia, por los padres, tíos, y hermanos, puesto que en la escuela nada se puede adelantar por la multitud de niños que concurren. Junto con ésto, expresa, también con agrios términos, su oposición a que se busque en el Extranjero el remedio: «¿podrá ser —escribe— que abran los ojos los mentecatos de los padres que envían sus hijos fuera de España, creyendo que allí se harán doctos y racionales?». Con mayor dureza combate a los extranjeros que vienen a enseñar. «Es adagio castellano: *el que lexos va a casar, o va engañado, o va a engañar* y se podrá trovar en cuanto al estudio».

Apunta, luego, su constante idea de los perjuicios que nacen de pretender el aprendizaje de lenguas ajenas valiéndose de otra que también lo sea: tema en el que insistió mucho por los inconvenientes de que los niños

que hablaban sólo el gallego, para aprender el latín tuviesen que valerse de gramáticas en castellano que ignoraban.

Las cualidades del maestro habían de ser las de «un hombre sabio, erudito, docto, pacífico, prudente y que sepa acomodarse a la tierna edad de los niños; no con castigos y rigores que los aterran, espantan y aun infatúan, sino con halagos cariñosos, premios y emulación»; y señala un límite para la edad de los maestros que hoy nos resulta incomprensible: «no han de baxar de cincuenta años». «No sé —observa agudamente— con que conciencia se castigan los niños porque no saben aprender y nunca se castigan los maestros que no saben enseñar. En la milicia no hay esa complacencia...»

Siempre la manera de expresarse el P. Sarmiento adquiere modalidades inesperadas, así al censurar, como al vaticinar mejores tiempos, si se varía de métodos; para ejemplo; escúchese este párrafo:

«Libertados los niños que mostraren tener genio para las letras de los dos terribles y tremendos espantajos de estudiar de memoria y a la letra y del cruento castigo... yo fío... que entrarán muy gustosos en cualquier estudio, por muy difícil que sea, si se les sabe enseñar... Hablo —nótese la actitud extrañamente radical— de las ciencias puramente naturales y que no sean contenciosas; y entre éstas deberán entrar las Matemáticas; sólo en éstas está la verdadera Lógica y el verdadero *modus sciendi*». Al contrario, las contenciosas de nada sirven y /de/ las que tratan cosas espirituales no se puede formar idea, o cada uno la forma a su modo». Y acerca de las nociones religiosas emplea palabras que, de haberse impreso en su tiempo, habríanle conducido a graves situaciones: «debemos recurrir a la

fe /acerca/ de que hay almas y ángeles, y que sólo Dios sabe lo que son». Y es de advertir cómo aconseja mostrar a los niños» las cosas espirituales e invisible... por medio de pinturas, para que vayan formando tal cual idea de las cosas incorpóreas».

Fundamental en sus consejos sobre la enseñanza infantil es el de hacer ver las cosas y aprender sus nombres, sobre la base de su preferencia por el hombre que llamaríamos *al natural*, en lo que descubre coincidencias que reconoce la Doctora Galino: «No sabemos —dice— si leyó *El Emilio*, célebre ya al año de su aparición (1763)... Pero —añade— Sarmiento se adelantó a Rousseau».

Acaba el memorable *Discurso* que extracto con líneas de no disimulada melancolía: «Así quisiera yo que se me hubiese enseñado a mi desde la edad de diez años y me hubiera ahorrado de malbaratar el tiempo y de haber echado a perder la memoria, el entendimiento y la voluntad».

Lo que pensaba el P. Sarmiento de los estudios que hoy llamamos de enseñanza media está contenido en varios manuscritos, de los cuales alguno se imprimió en el «Semanario Erudito», porque no me habré de demorar en su análisis, mencionaré el que dedicó al *Método de Estudios de San Isidro, de Madrid*, en 1769. Título y fecha indican que versa sobre la transformación del famoso Colegio Imperial de Nobles de la Compañía de Jesús, a los dos años de expulsada. Con la independencia de criterio habitual, el P. Sarmiento formula sus reparos y no vacila en señalar cómo, en varios aspectos, la enseñanza había empeorado. En parte, y aplicando sus ideas a un *Plan de estudios* para la Orden benedictina, se encuentran observaciones de interés en cinco cartas guardadas en Silos; sin referirme

dio de las Matemáticas. Prosigue en el Real Seminario, y en otros que fuera de la Corte se van fundando, en educar a la noble juventud en las Bellas Letras, Física experimental, Matemáticas, Geografía, Historia, etc. El Ministerio gasta grandes sumas en enviar varios sujetos hábiles a Roma, París, Londres, Venecia, etc. para que cada uno se instruya mejor en su facultativa profesión y que, de vuelta, la puedan enseñar en España. Cirujanos, médicos, boticarios, arquitectos, botánicos, pintores, etc.... todos hallan protección en el Rey».

Claro está que en visión optimista el Padre Sarmiento mezcla, a sabiendas —y no sé si, por lo que habremos de ver, con un puntillo de humor— establecimientos de enseñanza con centros de naturaleza distinta, como las Reales Academias, de las que no era muy devoto.

Por lo que fuere, las opiniones sobre las Universidades son menos explícitas en sus escritos. Entre las recogidas hay unos párrafos en la *Carta a D. Juan Iriarte* que dicen así: «es muy necesario que en las Universidades se restablezcan las Cátedras que están dotadas para aquellas facultades distintas de la Teología, Medicina y Jurisprudencia. Abranse los libros extraños [extranjeros] y se verá [que sus autores] unos son catedráticos de Historia, otros de Retórica, otros de Matemáticas, otros de Lengua griega, otros de Lenguas Sagradas, otros de Lenguas orientales etc. Todas estas cátedras, aunque fundadas, o están sin maestros, o sin discípulos en España. Todos se aplican a las tres facultades de arriba, porque por allí esperan hacer fortuna. A la verdad, no van descaminados, pues son pocos los que quieren estudiar por sólo saber. Uno que fuera muy versado en las facultades últimas no tendría que comer. Si hoy viviesen Ptolomeo, Euclides, Archime-

des, Apolónio, etc. necesitarían aprender otro oficio para ganar la vida» es triste constatar cómo Fray Martín maneja conceptos casi repetibles hoy. En *La educación de los niños* puso un ejemplo escalofriante, de su invención: «Si Newton viniese a Madrid y jamás dijese que era Newton y no trajese consigo algunos guineos, vendría a la portería de San Martín con su cazuela a matar el hambre. Al contrario, la misma miseria le sucedería a un insigne escolástico puro, español, si, incógnito, se apareciese en Londres».

El entusiasmo del Padre Sarmiento y su fe en la Ciencia que concretaba, por ejemplo, en el Microscopio y el Telescopio, pues «con ellos se descubrió a vista de ojos... otro mundo de cosas naturales, que antes nos eran casi invisibles y otro nuevo cielo de astros y planetas, que antes nos eran inaccesibles», le inspiran y le impulsan a formar su plan más original e innovador.

Explánalo en la trascendental *Carta* referida, que tituló *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real y para otras Bibliotecas públicas*. El tema, según sucede con todos en la pluma del P. Sarmiento, se amplía y, en este caso, se engrandece con un proyecto para organizar los estudios y las investigaciones en España.

La consideración de la carencia de medios para su cultivo atenaza el espíritu del benedictino y sugierele la conveniencia de que se doten premios: «Si la joya que antiguamente se daba en Barcelona al que mejor discurriese sobre propuestos asuntos de la Gaya [Ciencia], o del arte de trovar, se hubiera determinado que algunas veces se diese al que mejor escribiese sobre puntos de Matemática, Física experimental, Náutica, Agricultura o Maquinaria no hubiera reinado tanto tiempo la barbarie...»: «... con muchos poetas, retóricos y músicos no se adelantará un paso ni en la Agricultu-

extrañas para el acierto de sus resoluciones, ya jurídicas, ya económicas, ya literarias, ya gubernativas...»

A nadie se le habrá escapado el paralelismo de la Junta ideada por Fray Martín con instituciones cuales la Junta para ampliación de Estudios y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; la semejanza con éste se acentúa al coincidir con la esperanza puesta por el P. Sarmiento en la convocatoria de premios. «Bien notorio es —dice— que en Francia y en otros países hay diferentes premios, perpetuamente señalados, para los que discurrieren mejor sobre un asunto... Eruditos y curiosos que tenían mucha hacienda dexaron en su testamento que tanta porción en dinero, o en alhajas se distribuyese anualmente al que mejor escribiese sobre y siempre aquel asunto que el mismo erudito dexó determinado...» El genio retozón del benedictino se burla, luego, de que «ya el siglo pasado pagó España algunas sumas a los que se les antojó decir que habían hallado el secreto de averiguar las longitudes en la navegación». Previene que no aconseja «este género de obras pías literarias» ni se refiere a la cuadratura del círculo, ni a la duplicación del cubo, ni al movimiento perpetuo, sino a temas verdaderamente científicos y señálos: «de la gravedad, del magnetismo, de la virtud /¿fuerza?/ eléctrica, de las órbitas planetarias, de la elasticidad». «Este arbitrio si se introduxese en España sería uno de los más eficaces para poner en continuo movimiento a muchos entendimientos de españoles. Y de esto resultaría que, sin violencia alguna, se introduxese en España aquella inclinación y gusto a las Bellas Letras, Física y Matemáticas que yo quisiera picase en algo de honesto vicio». El sentido realista del erudito monje advierte cauto: «No importa que no se apurasen los asuntos, o no se hallara la verdad en todo.

Se harían grandes progresos hacia élla y en el mismo camino de buscarla se encontrarían con otros primores que no se buscaban; —y redondea su concepto con éste final humorístico—; a lo menos se enterarían de la dificultad del asunto».

El espectáculo del desenvolvimiento de las ideas del P. Sarmiento respecto a la reforma cultural de la Patria es uno de los más hermosos que es dable contemplar, si bien nos dolamos de la falta de eficacia y hasta del menguado eco sus ideas alcanzaron.

En las materias en que era especialista propone un plan de publicaciones y, de nuevo, confirmamos que sus generosas miras en porción considerable no han sido satisfechas. Enumera doce Colecciones que suministrasen materiales fidedignos para ulteriores estudios; son las siguientes: «de todos los Cronicones del siglo pasado que se creen supuestos—de todos los Cronicones inconcusamente ciertos..—de todos los Concilios de España—de todas las Liturgias de España..—de los escritores de Cosas de España, aumentando la *España ilustrada*—de todos los Fueros, Leyes y Ordenanzas antiguas Reales..—de las Crónicas antiguas de los Reyes..—de las Añas públicas civiles, v. g. testamentos Reales; capitulaciones, Paces, etc. Esto ya se ha comenzado —agrega— y salieron dos tomos, pero se debe proseguir..—de todos los Poetas castellanos antiguos hasta Felipe II, aumentando mucho los antiguos Cancioneros, ya para la pureza de la lengua, ya porque en ellos hay pensamientos delicados que después se nos vendieron por nuevos—de los Poetas castellanos cultos desde Felipe II, dexando aparte los cómicos, que éstos abultarían infinito.— «supongo que se refiere al teatro. —de piezas fugitivas, u de otras pequeñas de los españoles antiguos en todo género de Literatura, ya en

castellano, ya en latín que sólo se imprimieron una vez y son rarísimas— /y/ de todos los viajes que hicieron y escribieron los españoles... y de todas las Relaciones que los Gobernadores remitían por obligación a España»...

¡Qué gozo causa leer este programa de colecciones trazado en 1743!. Desde los Concilios hasta los pliegos del cordel, nada escapa a la curiosidad inquisitiva del Padre Maestro; junto a la Historia y a las Letras, las Ciencias. Escuchémosle:

«La Academia Médica podría sacar a luz anualmente un tomo de sus observaciones Botánicas, Médicas, Anatómicas, Farmacéuticas, Chirúrgicas, Chímicas y sobre la Historia Natural, etc. La Academia Real que se fundase de Matemáticas podría sacar, también anualmente, otro tomo de observaciones, o Memorias, para la Aritmética, Algebra, Geometría, Optica, Estática, Cosmografía, Magnetología, Física, Astronomía, etc. Y, si como es razon, se erige un Observatorio Astronómico, a imitación del de París, se habrían de comunicar a todos las observaciones»...

«Me corto de vergüenza —exclamaba— que en España no hayamos de pasar de ser meros traductores y copiantes...».

Porque para el Padre Sarmiento el más minio recuerdo, la anécdota más leve no eran futesas, sino datos aprovechables, testimonios de experimentos con los cuales hacer ciencia o sacar consecuencias útiles: cuando su gato descubre la gaveta del escritorio en que seis meses antes había escondido los vizcochos vallisoletanos de que el animal era muy goloso, sírvele para estudiar la memoria de las bestias; y cuando nos cuenta la desazón motivada al prohibir el Corregidor que se tuviesen tiestos en las ventanas, «en los cuales cria-

ba algunos vegetales selectos, cuidando cada año de nuevas especies», no deplora la medida edilicia porque, a causa de ella, hubiese perdido la tierra de Pontevedra que contenían, sinó la frutilla, o fresa de Chile, que cultivaba con el intento de aclimatarla en Galicia.

Sería interminable la relación de todo lo abarcado por la inteligencia del P. Sarmiento y por su anhelo de que el saber se difundiese. El mismo desorden conque he ido recogiendo éstos perfiles de su figura, con palabras casi todas suyas, entreveradas de meras y secas acotaciones mías, paréceme que nos dan más viva impresión que si hubiese pretendido sistematizar sus ideas y atisbos.

Cual de su amor a Galicia puede inferirse, el P. Sarmiento había meditado mucho acerca del retraso existente en los conocimientos de la tierra, de su lengua y de su historia; sin contar lo deficiente de sus cultivos, de su ganadería, de sus manufacturas, etc. etc. Para remedio de tantas dolencias —de las que bastantes subsisten— trazó un plan muy completo, que no pondré en pormenor, pues el tiempo falta para ello y está puntualmente extraído en el folleto del Profesor Filgueira Valverde *El plan de Estudios gallegos ideado por el P. Sarmiento*. Con artificio estilado en el siglo XVIII inventa el Padre Maestro un «Amigo de la verdad» al que en griego bautiza con el nombre de «Alethófilo», sacerdote sin cura de almas que, con 2.000 ducados anuales de por vida, habrá de consagrarse exclusivamente el estudio de Galicia, asentado en Compostela, pero recorriendo a menudo la región; «peregrinando y preguntando» —es la fórmula que aconseja—. El plan comprende: 1.º - Lengua. Etimologías. 2.º - Geografía. Toponimias. 3.º - Historia Natural, «las voces». 4.º - Inscripciones, monedas, pesos, medi-

das, fechas, épocas. 5.º - «Fórmulas y costumbres singulares»; esto es, lo que llamamos folklore. 6.º - Diplomática. Dentro de éstos grandes casilleros entraban los materiales para incontables estudios, desde los epigráficos hasta los conducentes a la formación de un Gabinete de Botánica, con pasmosas adivinaciones, como las que penetran en la esfera de la Genética.

Y, como hasta las conferencias se acaban, en el final de ésta no precisa recalcar la amplitud y la elevación de miras de las dos insignes figuras de nuestro siglo XVIII en el campo del pensamiento y, con especial consideración, de la libertad con que formularon sus ideas y hasta, en particular el P. Sarmiento, la decisión con que forjaron planes tan certeros que el lapso de dos siglos no ha bastado para realizar, íntegramente. Fue de siembra la labor de ambos; consagraron su vida entera a ejercitar la forma más pura —y, a la larga, la más eficaz— del patriotismo: el estudio de los males de España y la enseñanza de medios para remediarlos.